

«MADRID, FIN DE SIGLO»

■ Conferencias sobre el futuro arquitectónico de Madrid

Sobre el futuro arquitectónico y urbanístico de Madrid, tres arquitectos y un historiador de la arquitectura hablaron en la Fundación Juan March, del 3 al 10 de noviembre pasado, en un ciclo de conferencias titulado «Madrid, fin de siglo». El catedrático de Historia de la Arquitectura **Carlos Sambricio** abrió el ciclo con una conferencia sobre «Hacia un Madrid moderno»; **Antón Capitel**, arquitecto y profesor titular de la Escuela de Arquitectura de Ma-

drid, habló de «La arquitectura de Madrid hacia 1990»; el también arquitecto y actualmente director general de Urbanismo de la Comunidad de Madrid, **José María Ezquiaga**, lo hizo sobre «Urbanismo en Madrid: 1992 y después»; y cerró el ciclo el profesor de la citada Escuela de Madrid y arquitecto **Gabriel Ruiz Cabrero**, con una conferencia titulada «Fin de la arquitectura de Madrid».

Ofrecemos seguidamente un resumen de sus intervenciones.

Carlos Sambricio:

«HACIA UN MADRID MODERNO»

En nuestro siglo ha habido tres propuestas, tres hitos importantes, en la búsqueda de la modernización de la ciudad de Madrid que se han dado en tres momentos muy precisos. El primero, en los años veinte, cuando se modifica radicalmente la imagen de la ciudad basada fundamentalmente en el eje Oeste-Este, que perduraba desde comienzos del siglo XVII. Un segundo momento, en el que se busca la modernización de la ciudad, se produce en los años cuarenta, cuando se trata de establecer una imagen de ciudad distinta de la soñada por la República o por la Dictadura de Primo de Rivera, y se esboza el proyecto de una ciudad orgánica. Y el tercer momento, que es especialmente importante, se da en nuestra década de los ochenta, y refleja la voluntad



nueva de plantear una ciudad diferente, una ciudad alternativa.

Aunque ya desde comienzos del siglo XX hay varias propuestas de modificación de Madrid, habrá que esperar hasta 1922 para que se dé la pauta de una nueva visión de la ciudad. Son unos momentos de un gigantesco «boom» económico. La neutralidad española en la Primera Guerra Mundial potencia una nueva inversión en la construcción. Madrid empieza a recibir una importante inmigración y se necesita construir viviendas para los obreros. Desde 1921 se produce una recesión económica. Primo de Rivera iniciará en 1923 una política de enorme repercusión en la ciudad. Ayudado por Calvo Sotelo, Primo de Rivera publica en 1924 el Esta-

tuto Municipal, que establece dos políticas de construcción muy distintas: una, dirigida al gran capital, mientras que se deja a la pequeña burguesía que siga manteniendo y controlando sus negocios desde el Ayuntamiento. Consecuencia de esta política es que quienes construyen las casas son precisamente los propietarios de amplios terrenos: toda una serie de colonias de hotelitos, situados en el Norte de la ciudad, sirven de coartada para que sea el erario municipal, el propio Ayuntamiento, el que las financie. Así se empieza a conquistar el Norte del Ensanche.

Por otro lado, en esas fechas se quiere plantear la imagen de modernidad en el interior de la ciudad, con edificios como el Capitol y el Palacio de la Prensa, y el elemento más moderno de la Gran Vía, el edificio de la Telefónica, en la moda de los rascacielos americanos y del sueño de las comunicaciones.

Secundino Zuazo entiende que en la misma ciudad han de convivir viviendas de lujo con las obreras y las de la burguesía. Bidagor marcará una línea de construcción de la ciudad que perdurará hasta casi los años sesenta. Arquitecto de una excepcional cultura urbanística, Bidagor plantea una imagen de ciudad muy distinta y propone una doble lectura de la ciudad. La ciudad, opina, es orgánica, no tiene que crecer, ha de estar perfectamente definida. Su misión es ser ciudad-capital, rodeada por dos cinturones verdes que la impiden crecer. Su propuesta de la Castellana se entiende como la voluntad de crear una ciudad oficial de la que la Castellana es el gran eje: alberga los edificios de las embajadas y los Ministerios.

Si en los años veinte la búsqueda de modernidad daba lugar

a debates teóricos y a posturas que reflejaban el influjo de la arquitectura europea, en los cuarenta las discusiones plantean algo distinto: no se sabe cuál es la pauta o referencia de la que partir. El proyecto del Ministerio del Aire en la Moncloa responde más a la estética de los grandes arquitectos alemanes. Luis Gutiérrez Soto plantea un proyecto de la planta del edificio de carácter funcional y racional. La arquitectura aquí ha perdido su referencia y lo mismo ocurre con el urbanismo de la ciudad. A diferencia de los esquemas anteriores, en los que había un interés por la ciudad, lo que se pretende ahora es llevar el símbolo del poder a los últimos elementos de la ciudad. De este modo, los conjuntos de la Prosperidad, la Plaza Porticada o el barrio de Argüelles reflejan una estructura idéntica. A partir de ese momento, la arquitectura de Madrid se basará en el tipo de edificios-sindicatos y la atención se centra en la calidad de la pieza arquitectónica.

Con la crisis económica de los 70 empieza a plantearse un proyecto urbanístico. En 1983 se empieza a diseñar un Nuevo Plan General de Madrid. El tema ahora va a ser *acabar Madrid*. Este es el eslogan. Se trata de cubrir huecos, en una ciudad dividida en dos partes bien distintas; hay dos Madrid: el Madrid Norte, que posee todos los equipamientos, parques y dotaciones; y el Madrid Sur, un Madrid industrial, sin apenas dotaciones. Se trata de operar en puntos concretos.

CARLOS SAMBRICIO nació en Madrid en 1945 y es catedrático de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid desde 1986.

«LA ARQUITECTURA DE MADRID HACIA 1990»



Madrid, arquitectónicamente, no forma en la actualidad un conjunto unitario, sino muy diversificado y de carácter ecléctico. Y, sin embargo, puede decirse que la cultura arquitectónica española camina hoy como una de las cabezas definidoras de los problemas arquitectónicos contemporáneos, constituyendo, en conjunto, una unidad distinguible en el mundo occidental.

Hay diversas corrientes en esta diversidad de la cultura arquitectónica, que se reflejan en la ciudad de Madrid. El *racionalismo ecléctico*, de equilibrio entre razón y sentimiento, de compromiso con lo histórico, es la tendencia mayoritaria. Se tiende a entender la arquitectura como un hecho urbano, de conjunto. Otra posición, el *neomodernismo* o *vanguardismo*, radicaliza los principios modernos y ofrece una arquitectura más conceptualista. Una tercera tendencia, el *post-modernismo*, trata de recuperar directamente la historia, utilizándola de forma radical, tanto en sus contenidos como en sus formas. Rafael Moneo, a mi juicio el arquitecto más importante de Madrid, estaría en el eje del racionalismo ecléctico. También cabría situar en esta corriente a Manuel de las Casas, al grupo de Javier Frechilla, a Gabriel Ruiz Cabrero y muchos otros; y, entre los mayores, a Vázquez de Castro, Sáenz de Oiza y Alejandro de la Sota.

Hay entre el racionalismo ecléctico y el neomodernismo vanguardista una postura que podríamos denominar la conti-

nuidad moderna, que representarían de forma brillante Carlos Puente y Víctor López Cotelo. En ella se trata de mantener el viejo ideal de la modernidad con la frescura de sus primeros tiempos, tratando de evitar contaminaciones con lo histórico. En una parecida situación intermedia se podría situar la obra de Alberto Campo, más próximo al neomoderno.

El neomoderno quiere alejarse de lo técnico y lo funcional; le interesa la utilización del lenguaje como algo puramente formal. Con Juan Navarro Baldeweg tenemos el neomodernismo propiamente dicho en Madrid. Un valor propiamente moderno es su uso del espacio con un significado conceptualista.

Entre el neomodernismo o vanguardia y el postmodernismo se situaría el neo-organicismo o formalismo, que está en el polo opuesto del racionalismo ecléctico. Esta tendencia fue muy importante en Madrid en los años sesenta: Antonio Fernández Alba, Sáenz de Oiza y Carvajal se situaban o se sitúan en ella. Actualmente la representa con brillantez la obra de Bello-sillo.

En el postmodernismo, en el que se situaría claramente Ricardo Bofill, en la arquitectura barcelonesa, podemos encontrar en Madrid, y entre los jóvenes, a Gabriel Allende, que tiene una actitud mucho más moderada, como es propio de la cultura de esta ciudad.

Finalmente, entre el postmodernismo y el racionalismo ecléc-

tico se situaría la posición neo-tradicionista, de la que apenas encontramos nombres en Madrid; pero destaca en ella, sin embargo, la interesante obra de Javier Vellés. (Aquí se insertaría asimismo nuestra restauración de la Iglesia de Montserrat, según proyecto de Riviére, Martorell y yo mismo.) También encajaría aquí Emilio Tuñón, por su modo artesanal de pensar el diseño. Tuñón, al ser ayudante de Rafael Moneo, cierra coherentemente el cuadro, encontrándose con el racionalismo ecléctico. Estas tendencias, vistas según un esquema sumario, representan la arquitectura contemporánea en el mundo occidental.

Pero ¿cuál va a ser la fortuna arquitectónica de Madrid hacia 1990? Desde los años setenta las instituciones se han venido empeñando en la conservación de los edificios, pero las realizaciones en este sentido cuentan, en mi opinión, con muy pocos ejemplos cualificados. Se puede decir que la mimesis con los estilos historicistas como el mejor modo de tratar la ciudad tradicional no es el camino a seguir.

En cuanto a la arquitectura de nueva planta, sí se ha aprendido que el respeto a la ciudad no tiene por qué ser mimético con el pasado, aunque sí se tengan en cuenta las cualidades urbanas. Los edificios no pueden ser concebidos como edificios independientes, sino que tienen que adaptarse a las cualidades formales de las calles o plazas donde están. Hay una disfunción social muy grande entre la ciudad de los arquitectos y la ciudad de los promotores. A los arquitectos no se les llama para determinadas operaciones, cuando es evidente que podrían solucionar muchas de ellas con brillantez y eficacia.

Tantos años de protección de la ciudad han evitado que algunos buenos edificios de la ciudad desaparezcan, pero no han logrado que en Madrid se construya una arquitectura cualificada, a pesar de que haya sido proyectada y se sigue proyectando; y tampoco han evitado que en la conciencia de las gentes, así como en la de los políticos, parezca positiva una serie de aberraciones que se hacen con los edificios históricos, y a las que a veces se denomina «restauración» o «rehabilitación». Son, a mi juicio, operaciones inútiles y ridículas. A veces se derriba todo el interior de una casa del siglo pasado con objeto de conservar una humilde fachada hecha por un mal maestro de obras. Cuando esto ocurre uno piensa que estamos en unos momentos culturales de muy bajo orden. Y ello no es culpa de la cultura y los recursos arquitectónicos de la capital, que son bastante ricos.

Y si nos fijamos en la ciudad moderna, la situación es también poco satisfactoria. En Madrid se ha dado un fenómeno nuevo: la llegada de los arquitectos extranjeros. Mucho me temo que esto sea el futuro de la cultura arquitectónica de Madrid: que arquitectos extranjeros vengán a hacer obras descualificadas para empresas descualificadas, cuando esas obras podrían ser encargadas a arquitectos españoles cualificados, que los hay.

ANTON CAPITEL, asturiano, nació en 1947. Profesor Titular de Proyectos Arquitectónicos de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, dirigió la Revista *Arquitectura* del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid. Entre otros proyectos, ha trabajado en la remodelación de la Puerta del Sol, puertas y cierres para el Parque del Retiro y otras obras.

«URBANISMO EN MADRID: 1992 Y DESPUES»



Desgraciadamente los momentos creativos estelares que a lo largo del tiempo ha vivido el quehacer arquitectónico y urbanístico de Madrid no han coincidido con los momentos de mayor dinámica edificatoria y de crecimiento de la ciudad; no ha habido una conjunción entre innovaciones en el ámbito metodológico y posibilidades reales para llevarlas a cabo. Pero es indudable que, según muestra la experiencia de los últimos años, si somos capaces de mantener y reactualizar las ideas en arquitectura y urbanismo de los años ochenta, en la década de los 90 estaremos en una etapa realmente novedosa.

Madrid no ha tenido en su historia un crecimiento regular y claro. Durante siglos se ha limitado a afirmar las pautas de consolidación del espacio ya establecido en su morfología urbana. Desde comienzos del siglo XX tenemos dos ciudades en Madrid: una ciudad planeada y de calidad, el Norte; y otra espontánea y más deficiente, el Sur. Ambas crecen con la misma dinámica y en paralelo prácticamente hasta nuestros días.

En los años sesenta se configuró una nueva concepción urbanística, tendiendo a diferenciar ámbitos espaciales diferentes para las distintas actividades de la gente (calles comerciales, zonas industriales, actividades culturales y de recreo, etc.). Se llega así a una mayor movilidad dinámica y se consagra el *zoning* como técnica urbanística. La creación de canales de tráfico o vías concebidas como nuevas autopistas urbanas, que

funcionan tan sólo como elementos de conexión, hacen que el centro se diluya. Todo se subordina a las exigencias de tráfico y se llega así a la *muerte de la calle*, lo que se traduce en la *muerte de la ciudad*, ya que es la calle el elemento configurador de la ciudad. Y ocurre así que, a fin de cuentas, la ciudad funcional *no funciona*. Las áreas dormitorio no están bien diseñadas ni son cómodas, el acceso a las áreas comerciales o de recreo acarrea problemas, etc.

Pero veamos cómo la situación actual de Madrid es novedosa en varios aspectos. En primer lugar, Madrid desde hace años pierde población. Desde los años setenta ha perdido muchos inmigrantes. Entre 1981 y 1985 Madrid ha perdido 160.000 personas. En ello ha influido de manera fundamental la disminución de la natalidad: entre 1970 y 1985 ha descendido a la mitad.

Ha habido un cambio en los hábitos demográficos que revoluciona el concepto de urbanismo. ¿Qué urbanismo hacer en ciudades que no crecen, que decaen incluso? También se ha producido un cambio en los hábitos culturales, en la concepción familiar y de los hogares. Si en 1970 había un 20% de gente soltera entre 30 y 34 años, la cifra hoy ronda el 30%. Hay que plantearse, pues, una nueva ciudad. Ya no es la ciudad de la familia tradicional, ni tan siquiera la de la pareja con uno o dos hijos. Y además siguen persistiendo viejos problemas, como la desigualdad evidente entre

el Norte y el Sur de Madrid en cuanto a diferencia social y de equipamientos públicos.

El nuevo urbanismo ha de plantearse desde esta consideración de la ciudad existente, a la vez que de la voluntad de protección de la ciudad tradicional, y como referencia a un conjunto unitario de la ciudad. Sobre estas hipótesis se ha planteado el Plan General de Madrid que se aprobó en 1985. Madrid, que no ha tenido muchos planes urbanísticos a lo largo de su historia, cuenta ahora con uno que se plantea desde un criterio formal y operativo que transforme la ciudad existente. No interesa ya tanto «zonificar» el territorio como detectar en qué puntos clave de la ciudad hay que intervenir.

El tema de Atocha, con la demolición del escalétric para recuperar una plaza clásica y la creación de un gran intercambiador de transporte en la antigua Estación, entra dentro de esta línea de reconciliación con el pasado, a la vez que refleja la tendencia a la reconciliación del Sur con el Norte. En la misma línea se pueden mencionar los proyectos de la Avenida de la Ilustración, Gran Vía de Hortaleza y Parque Tierno Galván; operaciones que han hecho posible una arquitectura de vanguardia y buscan el equilibrio Norte-Sur.

Otros proyectos en marcha reflejan esa voluntad de combinar la transformación de la ciudad desde dentro con la producción de un tipo de vivienda que sea accesible a aquellos que se alejan de Madrid por el alto precio que alcanzan los pisos. Es el caso, por ejemplo, del proyecto de Madrid-Sur en el distrito de Vallecas.

El reto de Madrid en los años 90 precisará continuar en la misma línea, porque la polarización entre el Norte y el Sur se

seguirá reproduciendo y tiende a consolidarse por la propia lógica del mercado. Sólo la corrección del problema desde un criterio de política voluntarista puede solucionarlo. Hay que seguir trabajando en la reconciliación de las dos ciudades.

El segundo reto es el de la modernización de Madrid, que hay que lograr manteniendo a la vez el criterio de solidaridad. En este punto hay que articular el territorio metropolitano en cuanto totalidad, creando nuevos espacios con un sentido equilibrado. Ejemplo de ello son las nuevas actuaciones de creación de parques empresariales y tecnológicos y de centros terciarios en la periferia, por ejemplo, el caso de la reconversión de Tres Cantos, el Parque Empresarial de Las Rozas y el Campo de las Naciones, junto a los Recintos FERIALES.

La presión del sector terciario amenaza con reproducir la disyuntiva entre una ciudad en la que se habita y otra ciudad en la que se trabaja. En este sentido es necesario abordar la difícil herencia de ese Madrid dividido y deteriorado. El doble reto que hemos apuntado de modernización de la ciudad y de equilibrio entre las dos ciudades es necesario superarlo si Madrid desea encontrar un lugar destacado en el concierto europeo de 1993.

JOSE MARIA EZQUIAGA ha sido Arquitecto Jefe del Departamento de Planeamiento del Ayuntamiento de Madrid de 1985 a 1988 y actualmente es Director General de Urbanismo de la Comunidad de Madrid. Premio de Urbanismo del Ayuntamiento de Madrid y del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (1986) por el proyecto del Parque Lineal del Manzanares.



«FIN DE LA ARQUITECTURA DE MADRID»

Si en los años sesenta la arquitectura tenía una relación estrecha con la literatura, hoy el arte más relacionado con la arquitectura es la pintura. Este proceso, que ya se reflejaba, por ejemplo, en la influencia que los cuadros cubistas de Picasso o algunas pinturas de Mondrian han tenido, en cuanto pausa compositiva, para arquitectos tan prestigiosos como Mies van der Rohe o Le Corbusier, se sigue dando hasta nuestros días: a través de la pintura se concibe una línea de construcción de la ciudad, de concepción arquitectónica.

Hoy estamos en un momento de dialéctica entre el pasado y el futuro. Unos arquitectos se aferran a la historia, mientras que otros apuestan por la vanguardia. Para los arquitectos de la tradición, se trata de encontrar en el pasado histórico la solución a los problemas, pues éstos son siempre los mismos y ya fueron solventados antes. Tendencias vanguardistas, como la concepción del objeto como un edificio o, a la inversa, el edificio-objeto, es decir, de la pieza arquitectónica vista como un objeto colocado en un lugar determinado (Venturi llega a colocar una manzana en Manhattan), un objeto fuera de escala, despiertan actualmente un creciente interés. A veces se toman incluso signos matemáticos para proyectos de una planta de edificio. Se trata con ello de ampliar el vocabulario arquitectónico, gesto obligado en todo arte de vanguardia que busca siempre sorprender. También se incorporan a veces determinados materiales que habían tenido

una finalidad meramente industrial, como uralitas, mallas metálicas; o inclinaciones, formas atrevidas para los edificios, como aviones, cohetes espaciales, etc.

Mientras que en los partidarios de la fidelidad al pasado la tendencia competitiva básica suele ser cerrada, de un objeto cerrado en sí mismo, la vanguardia busca lo contrario: destruir el objeto en mil pedazos de modo que cada uno de esos fragmentos tenga un sentido autónomo y sólo así el conjunto desmembrado encuentra su naturaleza. Estas son las tendencias arquitectónicas que con más interés se siguen en países que plantean las propuestas más avanzadas: Estados Unidos, Italia. Y creo que la arquitectura española se sitúa en cabeza con respecto a la internacional. Creo que se puede afirmar que, después de Estados Unidos, es España el país que hoy está ofreciendo una arquitectura de más interés, como lo prueban los numerosos estudios que sobre ella se hacen y la cantidad de arquitectos españoles que son llamados a colaborar en proyectos de otros países.

La arquitectura española se caracteriza por una serie de valores que tienen mucho que ver con la sobriedad, la solidez, la sencillez, valores con antiguas raíces, si seguimos la línea que apuntamos al principio de profundización en el pasado. El momento fundamental de la arquitectura madrileña en el pasado fue el Monasterio de El Escorial, que supuso la definición del modelo arquitectónico

clásico español. Con esa arquitectura de volúmenes rotundos y sencillos se perfiló una línea de sobriedad constructiva que se continuó en el edificio del Museo del Prado. Asimismo, la Plaza Mayor de Madrid se convierte en modelo de construcción de toda la ciudad.

Retomando la relación que se da hoy entre pintura y arquitectura, vemos cómo Guillermo Pérez Villalta utiliza en sus lienzos elementos de arquitectura, cómo tiende a la construcción de una perspectiva imposible, a poner juntos objetos de distinta naturaleza. En sus obras aparecen fondos de arquitectura tradicional, con escenas que pudieran pertenecer a la Biblia.

Un arquitecto-pintor, Juan Navarro Baldeweg, muestra cómo los pintores utilizan la pintura como exploración puramente pictórica y, a veces, lo hacen representando un proyecto arquitectónico pero con técnica de pintor. En ocasiones Juan Navarro investiga en obras escultóricas la relación de objetos puestos sobre una mesa (relación entre los objetos entre sí y entre sus respectivas sombras) y hace propuestas como la de la Puerta de Toledo, en la que los pabellones están colocados como objetos, y se relacionan con las casas banales inspiradas en Villanueva.

Si España está totalmente incorporada a la espiral dinámica de la arquitectura internacional, se sigue, sin embargo, dando esa arquitectura de lo inmóvil en un edificio como el de la Universidad de Alcalá de Henares, de Cotelo y Puente, o en el proyecto de la Puerta de Toledo, de Navarro Baldeweg, donde los elementos de la industria se convierten en elementos fundamentales de la arquitectura. Arquitectos como López Peláez, Sánchez y Frechilla están en

esta línea de una arquitectura sencilla, de grandes bloques de viviendas baratas en las que, por ejemplo, son ventanas las que constituyen la arquitectura. Esta arquitectura muestra la insistencia en elementos arquitectónicos como el muro-piñón o las esquinas construidas con balcones.

La arquitectura de vanguardia, en cambio, trata de abrir nuevos caminos incorporando elementos ajenos a la arquitectura. Mientras Moneo es figura fundamental del racionalismo en nuestro país, Juan Navarro está más próximo a la vanguardia, aunque tampoco se distancie mucho de los volúmenes sencillos y de los materiales tradicionales como el ladrillo.

Creo que la arquitectura que se va a hacer en España más allá del año 92 va a moverse sobre ese entendimiento ecléctico de la ciudad; entendimiento que pasa por reconocer la diversidad de las distintas zonas de la ciudad, con unas arquitecturas muy diferentes, aunque todas seguirán siendo sencillas, reflejando esa constante de seriedad constructiva y sobriedad decorativa y esa voluntad de permanencia.

La arquitectura madrileña se ha hecho en los últimos cien años. Pero la ciudad de Madrid no existe todavía, está en pleno proceso de construcción. Creo que hay que estar abiertos a una pluralidad arquitectónica para que Madrid llegue a ofrecer la arquitectura que fuera de España se espera de ella.

GABRIEL RUIZ CABRERO es Profesor Titular de Proyectos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Ha sido editor y director de la revista «Arquitectura». Arquitecto Conservador en las obras de restauración de la Mezquita y Catedral de Córdoba, desde 1980.